

## LAS PALOMAS DE VENECIA

En uno de los valles de la altiplanicie de Italia, aislado del mundo por altas montañas nevadas, vivía hace unos quinientos años un niño llamado Leonardo. Su hogar era una pequeña cabaña donde él y su madre, de ojos negros, alimentaban las palomas y sacaban leche de las cabras, todos los días. Al anochecer, conversaban respecto de Victorio, hermano de Leonardo, que era un soldado en la gran ciudad de Venecia. Cierta mañana, mientras tomaban el desayuno de fideos y pan integral, Leonardo dijo:

—Me gustaría mucho que Victorio viniera a visitarnos, pues él cuenta tantas cosas interesantes de la ciudad. Me gustaría ir un día allá y ser un soldado también.

Pensando en eso, sus negros ojos brillaron y se puso en posición de firme, como deben hacer los soldados. Todos sabemos que no siempre se realizan nuestros deseos, pero cuando eso sucede, el mundo entero nos parece más brillante y encantador.

Al día siguiente, a la tarde, cuando llevaba las cabras a la casa, Leonardo dio un grito que pudo oírse hasta el final de la calle de la aldea. Vio a alguien subiendo el camino en las montañas, y aquel hombre era su hermano, el soldado Victorio, que venía a pasar con ellos dos días feriados. Seguramente le contaría muchas historias acerca de Venecia, la bella ciudad, cuyas calles son canales llenos de las aguas del Mar Adriático.

Los dos hermanos conversaron hasta tarde por la noche, o mejor, el soldado hablaba y Leonardo escuchaba. Oyó sobre palacios y botes raros llamados góndolas, que se deslizaban silenciosamente por las calles o los canales de Venecia. El hermano también le contó sobre los imponentes señores y señoras, y los soldados con sus espléndidos uniformes desfilando todos frente a la Catedral de San Marcos. Le habló también de los días de carnaval, cuando las personas enmascaradas arrojaban flores unas a las otras y hacían extraños juegos. Victorio le contó acerca del duque, el magistrado supremo de la antigua Venecia, que vivía en un gran palacio adornado con cuadros maravillosos. Todos los años se realizaba una procesión por los canales, y las góndolas eran dirigidas hacia el Mar Adriático. Entonces el duque arrojaba al mar un anillo, significando que Venecia era la novia del Adriático. Las personas remaban, se aproximaban al barco del duque, y le ofrecían valiosos presentes.

Leonardo escuchaba atentamente. No estaba acostumbrado a regalos, pues en su aldea, en las montañas, las personas tenían poco dinero y no podían gastar en esas cosas. Sin embargo, recordó lo feliz que se había puesto su madre cuando él le dio para su cumpleaños un ramillete de flores. Después pensó en lo felices que debían sentirse las personas que dan regalos. Y se dijo en voz baja: "Me gustaría enviarle un presente al duque. De ese modo estaría haciendo algo por Venecia. Pero, ¿qué le puedo mandar? No tengo nada para dar".

El hermano respondió:

— Espera hasta crecer y alistarte como soldado. Entonces podrás hacer mucho por él y por Venecia. A la mañana siguiente, Victorio se levantó de madrugada.

Había pasado dos días en casa, y tenía que estar de regreso en Venecia al mediodía. Su madre había prometido que Leonardo podría acompañarlo algunos kilómetros si terminaba sus tareas a tiempo. Por ese motivo, aquella mañana, muy temprano, Leonardo fue el primero en ordeñar las cabras, y antes que comenzara a salir el humo de las chimeneas llevó los gansos a comer el verde pasto en las laderas del cerro. Cortó pasto y lo colocó en el establo, para el viejo caballo. Entonces, cuando el hermano fue y le preguntó si estaba listo, Leonardo le respondió:

—Sólo me falta dar la comida a las palomas; entonces iré contigo.

El soldado sonrió y quedó observando al muchacho silbando a las aves. Mientras ellas atendían al llamado de Leonardo viniendo a comer los granos que les esparcía, éste pensó en el alegre carnaval de Venecia y en los presentes que le entregarían al duque.

¡Cómo deseaba poder ser uno de los donadores! Pero ¿qué podría dar? Era un niño pobre, que no tenía casi nada más que algunas palomas, y ese sería un presente muy humilde para ofrecer a un duque tan poderoso. Entonces recordó haber oído en la iglesia que la ofrenda de un mendigo puede ser más preciosa que la dádiva de un príncipe, pues no es el costo o la belleza de un presente lo que lo hace valioso, sino la buena voluntad del donante. El recuerdo de esas palabras hizo nacer una idea en la mente del niño, y sus ojos negros comenzaron a bailar.

—Victorio —exclamó de repente—. Estoy pensando en una cosa.

Y Victorio, pensando qué sería lo que había excitado tanto a su hermano, le pidió que le contara de qué se trataba.

— ¿Estarías dispuesto a llevar un par de palomas a la ciudad?

— ¿Un par de palomas? ¿Para qué?

—Quiero enviarle un regalo al duque, y no tengo otra cosa.

¡Esas aves son tan dóciles! Estoy seguro de que a él le van a gustar. ¡Las palomas son excelentes mensajeras!

Victorio sonrió. Era soldado del ejército del duque, y creía que su hermanito seguiría sus pasos, pues en aquel tiempo se consideraba muy elevada la posición de soldado. Por eso Victorio respondió muy gentilmente:

— Sí, Leonardo, puedo llevarlas. Si eres capaz de separarte de ellas, le voy a pedir a mi capitán, que conoce muy bien al duque, que le entregue ese regalo de parte de un niño montañés. Los ojos de Leonardo brillaron de alegría. Le parecía maravilloso poder dar regalos como si fuera un hombre rico y muy importante. Escogió la mejor pareja de palomas, de un color ceniza suave con gradación de colores azules y púrpuras en las delicadas alas. Hizo entonces una jaula tosca, para que su hermano pudiera llevarlas a la ciudad.

Los dos hermanos caminaron juntos algunos kilómetros y luego se despidieron. Leonardo quedó parado, observando a su hermano descender el tortuoso camino hacia la planicie, y después retornó a su vida. ¡Se sentía tan feliz por haber hecho algo por la linda Venecia!

Pasaron los meses, y no hubo ninguna noticia de Victorio, porque en aquel tiempo no había carteros para llevar correspondencia a las personas humildes y sencillas. Los ricos enviaban las cartas por un mensajero especial. Leonardo, sin embargo, tenía la certeza de que las palomas habían llegado bien a las manos del duque.

Un día de otoño, cuando los días comienzan a ser más cortos y las ardillitas se dedican a buscar las bellotas que caen de los robles con el fin de almacenarlas para el invierno, Victorio llegó a casa. Parecía más viejo y más serio que en ocasión de su visita anterior.

—Vine para despedirme de ustedes. Estalló la guerra, y nosotros, los soldados, tenemos que navegar hacia Creta y luchar por Venecia.

Creta es una isla que queda a centenares de kilómetros de esa famosa ciudad.

—Si yo fuese mayor y pudiera ir contigo, y ayudar a servir a nuestra gloriosa ciudad... —dijo Leonardo.

Colocando cariñosamente la mano sobre el oscuro cabello de su hermano, el soldado respondió:

—No te preocupes, hermanito. Ya hiciste algo por la reina de las ciudades. Le di tus palomas a mi capitán, y él las entregó al duque, que está muy satisfecho con ellas, pues ya demostraron que son excelentes mensajeras. Nuestro general las llevará consigo, y ellas traerán noticias de la guerra. Y ahora, hasta pronto. Volveré y estaré de nuevo en el ejército. Embarcaremos el próximo jueves. Cuando el combate acabe, regresaré para contarles todo lo que sucedió.

Las semanas siguientes se hicieron meses, que parecieron siglos a los dos montañeses que aguardaban las noticias. Sabían que el batallón había navegado y llegado a Creta, pero luego no tuvieron más noticias. Probablemente la batalla había comenzado, pero ignoraban qué le había sucedido al batallón de Venecia y cómo estaba Victorio. En aquel tiempo las noticias demoraban mucho en llegar.

Cierta mañana, mientras Leonardo y su madre estaban allá en las montañas, orando y aguardando, el Consejo de los Diez en Venecia se había reunido en el espléndido palacio del duque.

Con el semblante muy serio, los diez consejeros estaban muy preocupados con su ejército allende el mar, ansiosos por saber si habían ganado o perdido la batalla. En tanto estaban allí tan preocupados, vieron dos palomas posando cerca del palacio.

— ¡Palomas! —exclamó uno de los consejeros —. ¡Son las dos palomas mensajeras que fueron con nuestros combatientes! De inmediato la reunión fue disuelta y aquellos consejeros salieron apresuradamente hacia el palomar. Allí encontraron a un criado retirando de las patitas de cada paloma un pequeño pedazo de papel. Entonces, uno de los señores dijo:

— Fueron enviadas por nuestro general. ¡Pero parece imposible que estas palomas hayan volado centenares de kilómetros!

Pero fue posible, pues al leer las pocas palabras escritas en los pedacitos de papel, supieron que Venecia había obtenido la victoria y que sus soldados ya estaban regresando.

Cuando fueron enviadas desde la isla de Creta, aquellas palomas, aparentemente frágiles, volaron kilómetros y kilómetros sobre el mar y, finalmente, llegaron a Venecia, llevando las alegres nuevas a sus ansiosos habitantes.

Pero una semana después, Leonardo y su madre continuaban orando y aguardando en su villa montañesa, pues todavía no sabían las buenas noticias. Entonces un viajero llegó de Venecia, y desde lejos gritó:

— ¡Alégrese, Venecia consiguió la victoria! soldados ya regresaron?

—No, pero dos palomas mensajeras trajeron la noticia, y todo el mundo está contento.

-¡Palomas! -exclamó Leonardo-. Deben ser mis palomas.

Entonces, al final de cuentas, hice realmente alguna cosa en favor de Venecia.

Leonardo dijo la verdad. Aquel pequeño mensaje fue de tanta importancia para el pueblo veneciano, que el duque ordenó que las dos palomas fueran siempre muy bien cuidadas, tanto ellas como sus descendientes. Y hoy, centenares de años después, pueden verse millares de palomas color ceniza volando por la plaza de San Marcos, amadas y alimentadas por el pueblo de aquella ciudad, pues todos saben que esas aves proceden de aquella pareja enviada al duque por Leonardo, el muchacho que siglos atrás vi vía en una pequeña aldea entre las montañas.